

Capítulo N° 1

El Pasillo

Primer día de clases para el Brayan, una nueva escuela pues hoy comienza su secundario.

El Brayan a la primaria la hizo a los ponchazos dentro de la misma villa donde vive, no era buen alumno y faltaba mucho. Le costaba mucho leer y le cuesta, no es bueno con las cuentas. En realidad, terminó la primaria por la tan controversial promoción social, por eso tiene los conocimientos de un pibe de 4°, o más bien 3°.

Siempre en la misma escuelita, la del fondo, no la del medio del barrio porque en esa nunca había vacantes, la de él era en un lugar medio peligroso porque estaba frente al arroyo, del otro lado del alambrado donde está el asentamiento. Y los del asentamiento no son como los de la villa, dice la vieja, *“esos son distintos, son peligrosos...”*. Las casas no están juntas, están rodeados de tierra y cuando llueve se hace barro que dura una semana porque se inunda, además hay mucha tierra y pasto, y más que nada los baños están alejados de las casitas, ranchitos de chapa y cartón de una sola pieza, un calentador, una cocinita o heladera muy vieja, las camas están en el mismo lugar todas juntas pero siempre una tele que no puede faltar. No hay vecinos cercanos como en la villa donde todos nos ayudan dice el Brayan, ahí cada uno vive a unos veinte o treinta metros o más, no es un barrio...

La primaria del Brayan era manejada magistralmente por su directora, de forma demagógica para no entrar en conflictos ni con padres ni con alumnos. Ya que de maestra de grado supo aprender las estrategias del anterior director. Pues a mediados de los años noventa comenzaron a robarle y hasta una noche de verano le prendieron fuego dos aulas. Motivo, ninguno, pues ni computadoras ni libros, solo algunos mapas viejos. Por lo que el anterior director solucionó el problema logrando que una familia fuera de caseros a vivir en una pequeña prefabricada al fondo del patio descubierto que se instaló en un día. No fue difícil para el consejo escolar designar a un matrimonio que fuera oriundo del lugar, cómo sea, la cuestión es que nunca más robaron, y dos veces más lo intentaron che. Pero Don Pedro Ramírez, el casero, paraguayo, ni corto ni perezoso con un par de escopetazos al aire logró que los mal vivientes de no más de trece o catorce años treparan la tapia de material como lagartijas perseguidas por gato hambriento. En tanto Don Ramírez y su esposa deciden junto a la directora qué se hace o no dentro de la escuela, aunque dicen los del barrio que Don Pedro maneja la escuela.

Hoy el Brayan está un tanto desconcertado, no conoce a nadie y ninguna maestra se le acercó ni le dijo hasta ahora *“pobrecito, no tengas miedo...”*.

Esta secundaria no está dentro de la villa, está del otro lado de la ruta a dos cuadras, es decir avenida porque ya no es más ruta. Y la ruta/avenida con los años se ha convertido en una verdadera frontera.

El aspecto de la villa cambió hace unos años, pero solo las dos primeras manzanas donde uno de los gobiernos populares hizo unas casas bastante bonitas, porque los gobiernos que no son populares, lo único que hicieron fue levantar un paredón del lado derecho para que no sea vea la villa, o por seguridad, va no sé, dice el Chueco que su puerta da a la pared. Esas casas debían ser terminadas por los mismos propietarios, y de esa manera se les entregaría las escrituras, aunque en realidad solo el tres por ciento de los dueños las terminaron, el resto así como se la entregaron la dejaron, pero eso sí, con la escritura en la mano. También es verdad que no a

todos se les entregó las escrituras, y claro, ya habían ganado las elecciones, pero bue... dentro de cuatro años en una de esas...

La cosa es que a las casas bonitas los dueños agregaron habitaciones, chapa sobre teja, comercios pequeños, y ahora parece una villa de lujo...

Nuestra villa "las gomas", es decir el Barrio presidente Julio Argentino Roca., no es muy grande, apenas tiene unas doce cuadras.

En cuanto al Brayan es el séptimo de ocho hijos entre hermanos y hermanastros de Doña Elsa. Flaco, petiso, cabello oscuro lacio con flequillo, siempre mirando hacia abajo. Piel lisa, igual que su padre (al que no conoce), e idéntica a la de alguno de sus hermanos. Y no pinta para tener mucha barba, es más bien lampiño de tono oscuro un poco quemado por el sol, un poco mezcla de latinos de séptima generación europea y originaria del norte argentino. Es decir todo un verdadero criollo. Zurdo como el Diego, y dice el tío Cacho, (que no sabe por qué le dice tío), que lo va hacer entrar en Boca. Y el Brayan podría, porque en realidad es bueno y a él le gustaría. Es su sueño.

El Brayan usa gorra, y sabe qué gorra está con su gente y quién es gato, sabe quién consigue los fierros, pero mucho no entiende del tema, todavía... (Antes que lo pienses vos).

Esta mañana antes de salir de su ranchito, el número 12, parcela 4, manzana 5 se despertó solo, tipo cinco y media de la mañana cuando escuchó a uno de los hermanos que se iba a trabajar. El Carlos que trabaja de peón de albañil y hoy lunes le costó levantarse por la resaca del fin de semana.

Se puso a mirar tele, buscó algo para comer en la heladera, leche no había y comió un pan con dulce casero que hizo Doña Clara la del fondo.

El Brayan tuvo que buscar solo el guardapolvo que le regalo Doña Sara, una señora a tres casas que aprovechando que a unos de sus sobrinos no le entraba más se lo regaló. Amiga de su madre y quien siempre trata de ayudarla y conseguirle alguna changuita. Doña Sara trabaja todos los días igual que su marido y rompiendo la enemistad de una guerra mal avenida y siniestra pues ella es paraguaya y él boliviano.

Sara y Sabino son el comentario del barrio porque el año pasado su hijo mayor se recibió de abogado y los otros tres hijos también estudian. Y parece que este año se mudan, pero ellos no cuentan nada. Dicen ahora que el Rober, que es abogado, ya gana bien y se los va a llevar a vivir con él. Porque apenas se recibió a los dos meses ya había desaparecido.

La madre del Brayan seguía durmiendo, porque según ella necesita dormir diez horas para que no le duela la cabeza.

Al escuchar el ruido la Moni, una de sus hermanastras mayores quien lo inscribió en la secundaria y quién también todos los años iba a ver en la primaria como andaba para que se portara bien, lo ayudó a encontrar el guardapolvo, debajo de un montón de ropa sin planchar sobre la mesa donde comían, en silencio y hurtadillas se lo planchó. Y le dio en una bolsita de plástico una carpetita usada N°3 con algunas hojas adentro y una lapicera Bic azul.

Tomó el guardapolvo y se lo puso, manchado y mal cocido, corrió la cortina de tela bordó que hace de puerta en su pieza. Esta tiene el largo de las camas marineras y un ancho de un metro y medio, y ya hacía mucho calor y la casa del Brayan no tiene ventanas, ¿Qué loco no? Apenas una ventanita muy chiquita junto a la puerta de entrada, poco para el calor de 30ª C de marzo y una humedad del 95%.

Tomó un mate frío que había dejado su hermanastra y mientras lo tomaba miraba cómo del otro lado de la otra cortina que dividía la cocina en dos partes se cambiaba la Moni. No quiso seguir mirando algo le decía que no debía, pero la Moni estaba “fuerte”.

Se dirigió al baño para peinarse, este sí tenía puerta, que era de machimbre viejo y manchado que había hecho el Carlos, con madera sobrante de una obra y que el patrón le regaló sin dejar de echarle en cara semejante obsequio.

Se miró en el espejo redondo con marco rojo de plástico y no le gustó lo que veía y se fue. Al pasar por la cocina vio a su madre que seguía durmiendo en la cama que en realidad era un sillón y que al levantarse serviría para que tres se sienten a la mesa. El televisor prendido arriba de la heladera le indicaba que ya llegaría tarde. El Brayan era vueltero...

Las paredes de su casa eran de ladrillos huecos sin revoque por lo tanto se escuchaba el romántico crujir de la cama del vecino que solía tener un despertar erótico y apasionado. Su techo, parte de chapa, parte de fibrocemento, la parte de chapa nueva pues hubo que cambiarlo con el último viento que se lo llevó.

Tomó el pasillo que lo llevaría hasta la calle interna esquivando el agua gris jabonosas que se empantana y hace pequeños charcos en el pasillo de material roto y con un olor bastante nauseabundo. Por los dos lados del pasillo corren sendas canaletas llevando el agua que se vierte de piletas o duchas. El pasillo tiene aproximadamente un metro de ancho y llega hasta el final de la villa del lado derecho unas tres cuadras.

Mientras iba caminando escuchó los gritos de un matrimonio con uno de sus hijos.

—Hijo de puta, hijo de puta te voy a matar. —La voz del tipo.

—Yo te voy a matar a vos basura, basura... —Respondía la vos de un pibe joven.

—¡Cómo vas a entregar a tu hermano pelotudo! —La madre.

Un poco más adelante en otra de las casillas estaba el llanto de una mujer desconsolada, treinta metros antes de llegar a otro pasillo perpendicular el Pablo tirado medio recostado y dormido, sucio, muy flaco, pelo pegoteado y la barba también pegoteada, no solo parecido a Cristo, si no también parecía crucificado.

El Brayan sabía que el Pablo ya fue, no tiene cabida, no se rescata más, no pasa de este año. Para él todo era normal, nada lo sorprendió e impávido siguió de largo.

Al llegar a una de sus calles internas, justo al final del pasillo el transa Marito con dos pibes tomando cerveza y fumando porro, se reían fuerte y a los gritos, con una carcajada de uno de ellos como si fuera un aullido.

Tomó el mejorado roto que se une al verdadero asfalto que da a la avenida justo cien metros antes de llegar a esta, pudo observar el desfile de los cartoneros que salían (tarde), rezagados del resto que ya recorrían la ciudad desde la noche del domingo.

También vio a los chicos del palo, ya falopiándose con merca pesada desde la mañana y al “Chungo”, que venía a buscarlos con un Peugeot nuevo que seguro habían robado recién para hacer un “laburito”.

El Chungo había estado preso dos veces por robo, pero no era malo, el *laburaba* de eso. Dicen que mató a uno nada más, y de boludo porque el gato se quiso resistir por un auto. Si tienen seguro, para qué mierda se resisten estos gatos. Pero nunca se lo comprobaron y todo quedaba en el barrio.

Al llegar a la avenida en vez de cruzar e ir directo a la escuela hizo lo que muchos vecinos, caminaban tres cuadras por la avenida hasta donde terminaba la villa y tomaban el colectivo ahí, ya que la mayoría de los colectiveros seguían de largo pues muchas veces los habían asaltado, “y ni en pedo te paro para que me afanen estos negros”, dice uno de los colectiveros morocho de piel cobriza nacido en el Chaco.

Cuando llegó a la escuela ocho de la mañana y en el medio del patio se encuentra hablando un profesor de física rubio, medio pelado y muy grandote, aunque tiene apellido italiano parece un alemán hecho y derecho con una profesora de lengua muy bajita, también de apellido italiano y muy bien vestida, que con sólo el cinturón de la pollera, el Brayan, come todo un mes.

—Je, mirá lo que viene ahí entrando. —Comenta el profesor a la profesora en tono burlón.

—Tenemos negro pa' se' dulce este año...

—Jajajajaj. —Ambos ríen

—Cada vez peor che, la negritud avanza... —Continúa él.

—Y bue... qué va ser, responde ella. —Ya me voy a ir a una escuela de capital... es lo que hay. Y si no es de capital por lo menos no aquí.

—Shhhhh, callate que ahí viene la directora. Esa es una zurda de mierda.

—No, peor, peroncha.

—jajajaja, no, es una pelotuda...

—No. Dicen que es radical, va qué se yo. En esta escuela cada uno hace lo que quiere.

—Jajajajajaja.

—Y... como siempre este país de mierda... No se arregla más.

—Hay que irse a la mierda.

—No, hay que matar a estos negros de mierda hijos de puta, son los que te asaltan, son los que te roban. Son la lacra de esta sociedad, por culpa del peronismo tenemos esta mierda. Videla tendría que volver.

A todo esto la directora caminaba discutiendo en el patio lo que le iba a cobrar la “emergencias médicas” por alumno este año.

—Pero doctor, no me puede cobrar esto por pibe, la cooperadora no llega con tanto.

—Lo que pasa profe es que usted quiere hasta seis visitas por mes, y la verdad esta gente no se lo merece...

El médico baja la voz y casi como en secreto.

—¿Para qué quiere seis visitas profe? Estos negritos tienen mejor salud que nosotros, se lo digo yo que soy médico. Tienen un sistema inmunológico de puta madre, si andan en patas todo el día.

Es bueno aclarar que la mayoría de los profesores y médicos viven a no más diez cuadras, no tan lejos de la villa.

—Esta mina es una tarada inoperante. —Continúa la profesora bajita.

—A mí me descontaron dos horas este mes. Ya le dije que le voy hacer una denuncia.

El Brayan continuaba desconcertado dando vueltas por el patio hasta que decidió sentarse a la sombra, pero justo sonó el timbre y salieron los preceptores arriando pibes.

—Los de sexto aquí en el quiosco. —El Preceptor más viejo.

—A ver los de primero, ya ustedes saben a qué curso pertenecen, el día de inscripción los designaron. —Una preceptora jovencita.

El Brayan no tenía idea, su hermanastra nunca le dijo qué curso tenía, pero en el tumulto de alumnos divisó a un par de sus vecinos y a uno del asentamiento que al verlos fue directamente con ellos.

—¿Qué hacé'? —El Brayan.

—Um, ¿Todo piola? —El Ferchu.

—Todo mal —El colo.

—Jajajajajaja Brayan.

Una preceptora joven y muy bonita pero con voz aguda y chillona como buitre que le arrancan plumas del rabo, desde el segundo escalón de la escalera que va a la planta alta comienza a gritar apellidos y nombres, en la otra punta otra preceptora y en el medio del patio tres preceptores varones haciendo los mismo.

De pronto cree haber escuchado uno, Marino, se apuró, pero le dio vergüenza preguntar y pudo ver al del asentamiento, El Tabo, que de vez en cuando jugaba a la pelo con él. Se acercó.

—¿Qué hacé' aquí? —Brayan.

—¿Qué sé yo? Mi vieja. —Tabo.

—Mi apellido. —Brayan.

—Seño. ¿Dijo Marino?

Como si no existiera.

—Seño. ¿Marino?

—Yo no soy la seño, soy la preceptora Mariela y no tengo ningún Marino

Se dirigió a un prece joven que le pareció copado. ¿Marino?

—Tengo dos Marino, Laura y Alberto, esperá pibe.

—Susi. ¿Tenés un Marino?

—Sí, Brayan.

—Allá pibe, con la prece alta.

Al dirigirse vio a otros dos de su barrio, ya se iba sintiendo más tranqui.

—Ahí va Susi, vamos pibe que no tenemos todo el día. —El preceptor.

—Seeeeeee. —La preceptora.

—Ahí te mando este. —El Preceptor.

—Arriaron los pibes hasta el aula y el Brayan fue directo al fondo. Desde ahí podía visualizar todo, tendría una mayor perspectiva.

Treinta y dos pibes en el aula, ya hacia 33ª C, el ventilador descompuesto que habían roto los alumnos del año anterior y que la cooperadora no tuvo dinero para arreglarlos, además a infraestructura se le traspapeló la solicitud de refacción por lo tanto la escuela tiene el ochenta por ciento de los ventiladores rotos además de las estufas.

Entre tantos pibes en el aula ve a su conocido del asentamiento, adelante y entre ellos se queda encandilado por una chica. Nunca había visto un cabello tan dorado natural cerca de él, solo en la calle y en la tele. Y con ella una pibita de cabello renegrido brillante, de rostro más hermoso aún.

Siguió haciendo un paneo, allá dos bolis, se dijo. Estos bolitas están en todos lados, uno de anteojos, qué cara de mula tiene ese se dijo pero ni sonrió, porque el Brayan no era de reír.

Al rato entró una profesora, alta bonita y no muy joven, saludando y se presentó como la profe de inglés.

El Brayan no le entendió nada, vino un viejo de treinta años de matemática. Luego de cuatro horas agobiantes y con hambre y sed no veía la hora de irse de ese infierno llamado secundario.

A la hora de salida miró y buscó a sus vecinos y el del asentamiento pero habían desaparecido.

Caminó sólo dos cuadras derecho y una antes de la avenida doblo para irse por el mismo camino por el que vino. Miró para atrás en tres ocasiones y veía pibes que iban desapareciendo, estaba tranquilo, podría entrar a su villa sin que nadie lo viera.

Al llegar a su pasillo ve dos chicas, una de ellas era la Tere amiga de la Moni pintarrajeada y con polleras bien cortas verde fosforescente, al pasar cerca del Marito que todavía seguía ahí, este le grita.

—Tere, tomá esta.

Los otros tres ríen.

—Todavía me debes de la otra vez. —La Tere.

Ahora reían ellas y ellos.

En eso entra un auto de policía chocado y mal trecho, se detiene frente al Marito, el Brayan comienza a caminar más lento, sabe que donde ve la gorra debe rajarse, pero esta todo piola, enseguida se dio cuenta que el Marito le dió como cinco paquetitos y el patrullero salió tranquilo sin ruidos y despacito.

El Brayan tomó su pasillo, respiró profundo y caminó hacia su casa. El Pablo seguía en el mismo lugar crucificado, en la misma cruz, con el calor habían desaparecido algunos charquitos pero había aumentado el olor nauseabundo. Al caminar escucha más gritos y esta vez con golpes y llantos de hombres y mujeres y en otra casita cumbia a máximo volumen retumbando las paredes, se acercaba a su puerta. ¿Se habrá levantado mi vieja o seguirá durmiendo...?

Fin.

Continuará.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. (Derechos de autor).

Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia.

En colaboración de Emanuel Isac Sachello.